El Origen de las universidades.

I.- LA UNIVERSIDAD MODERNA.

Francia.-

La universidad francesa se hace Napoleónica.

Es así, pues emerge bajo los esfuerzos imperiales de amasar una sociedad fáustica, eficiente, integrada y totalista.

Esta universidad francesa es también CARTESIANA: porque es Descartes quien instala las bases teóricas de la academia y las formas de conocer propiamente modernos.

También es COMTEANA: pues es Auguste Compte quien primero ensaya una ciencia de lo social, que busca enlazar los temas humanos en la academia y en el saber moderno científico.

En Francia se instala el paso de la Universidad Latina a la UNIVERSIDAD NACIONAL MODERNA.

LA IMPORTANCIA DE DESCARTES.

Descartes busca destruir las bases antiguas del saber (fundamento regresivo del conocimiento humano), externo (heterónomo) y metafísico, por un conocimiento actual, autónomo y físico.

Ya no es el código trascendente divino (metafísico) sino la esperanza humanista (autónomo) y dirigido no a la conformidad con los códigos del pasado, sino con las promesas del futuro (progresismo) en la esperanza humanista hacia el futuro. Ya no se sustenta en una base teológica sino en un fundamento teleológico.

Descarte buscará la universalización del “sujeto” moderno a través de la finitud antropológica.

Esta finitud de lo humano, puesta frente a la infinitud del saber divino, lleva a profundizar y separar los prejuicios, los que deben ser sustituidos por los juicios de verdad, estos juicios de verdad se dirigen al saber y al qué hacer. Autónomos, autoproducidos y de autoprogreso sin fin.

Este saber antropológico, centrado en el sujeto que busca universalizarse, debe superar y liberarse del enclaustramiento al que tiende todo saber, incluso el propio.

Pero, con todo, no es tan diferente del universalismo medieval, aunque éste fue de tipo enclaustrado en el soporte teológico; pero también se dio la discusión entre las diferentes escuelas teológicas y el intercambio con las posturas más seculares, como las de Giordano Bruno, Copérnico y Galileo Galilei. Al primero le costó la hoguera, el segundo tomó sus previsiones y no publicó sus reflexiones más comprometedoras hasta después de su muerte y a Galileo le costó retractarse de sus opiniones científicas. Pero que se discutían, se discutían en toda la Europa universitaria medieval, al menos en la etapa tardía de esta época, cuando las universidades proliferan por Europa y los maestros eran dictantes visitantes de diversas academias.

El otro problema que aborda Descartes es el del “babelismo” de la multiplicidad de idiomas locales, que hacen engorroso el discurso científico con pretensión universalista.

Esas fonologías particularistas deben ser sospechadas, pues contienen un afán de prevalencia de lo diferente, lo periférico y no por lo que tiene real importancia universal.

Entonces Descartes propone a la “Mathesis”, es decir el lenguaje matemático, que tendrá que reemplazar a la lengua culta académica (el latín) y al francés, idioma en el que escribía Descartes, pues se negó a seguir escribiendo en latín, pues era contrario a la academia latina, como ya hemos expuesto.

Escribir en francés lo tomo sólo como un tránsito antes de comenzar a introducir a las matemáticas como lengua universal, lengua de las categorías simples y de los principios universales.

El aporte más conocido en la epistemología es LA DUDA METÓDICA.

Ante las certezas del mundo teológico, Descartes propone las dudas sistemáticas del método lógico.

La lógica no debe ni puede consagrar verdades eternas, sino las verdades transitorias que se cran, ahora, a través de la observación objetiva de los hechos físicos por parte de un “sujeto”. Entonces ese “sujeto” no se puede quedar atado a sus verdades, más bien debe dudar siempre de su propio descubrimiento; el método racional debe ser capaz de estar sujeto inconforme y resistente a la aceptación de la verdad instalada.

El optimismo central en el saber objetivo, desea ser asegurado con una prevención específica en el método: tal es la “duda hiperbólica” en el “cómo se conoce”.

El optimismo de un método que accede al saber continuo se acompaña de una prevención importante: la duda metódica. Mediante la investigación fundamental (sobre los principios que fundamentan) y la meditación metafísica (especulación teórica) se pone a hacer preguntas sobre el saber y el método mismo por el que se accede al conocimiento, al valor objetivo de la verdad y cómo esta verdad se fundamenta en el “sujeto”. Es decir cómo ese “Yo pienso” es descubierto e instalado firmemente como pilar y sostén del conocimiento.

Ahora no se pregunta sólo por el “OBJETO”, al que se le ha investigado hasta su indivisibilidad. También se averigua por el “OJO QUE CONOCE”, es decir por el estudio del “SUJETO” y sus límites.

Debe surgir, entonces, una ciencia que investigue al hombre, sujeto del saber, dentro de lo que se denominarán las ciencias humanas y también una forma de investigar el método mismo por el que el sujeto conoce (epistemología). Las ciencias humanas deben ir de la mano con las ciencias físicas, englobada en ese estudio del método.

Desde la fisiología de la vista hasta la etimología del lenguaje, las relaciones de la cultura y las genealogías de las culturas. Todo debe estar incluido en este exigente aparato del saber, para asegurar su asertividad, infalibilidad y utilidad. Todo debe ser incorporado, entonces, al “juicio de verdad” o saber la verdad.

Porque, además hay elementos desconocidos para el presente, que pueden estar gravitando en las formas del conocimiento actual hasta distorsionarlo. Estos elementos deben ser rastreados, paso a paso, hasta completar el rompecabezas.

La SUBJETIVIDAD puede significar un incentivo de pluralidad, pero también un sesgo de particularismo tendencioso. Por eso ese sujeto que conoce debe ser igualmente investigado por la ciencia médica, psicológica y social y sobre todas las formas que puedan condicionar al hombre en su espacio, su cuerpo y su entorno (social y cultural) en una verdadera “clasificación del sujeto” y de la representación que se hace del mundo.

¿Qué debe ser revocado por la duda metódica?...¡TODO! El meditar no debe detenerse hasta que la última duda haya sido resuelta.

Toda “Concepción” debe ser objeto de duda, hasta llegar al “Cero” del sentido (la interpretación).

La duda metódica lleva en marcha regresiva al erial, al descampado. Las palabras son sistemáticamente sospechadas y castigadas por la duda.

Para alcanzar la firmeza y la certeza, las palabras deben pasar todas las pruebas y hacer vigilia, hasta confirmar su aceptación. Las palabras forman parte de los conceptos, es decir entran a formar parte de la cultura humana como saber y de esta manera se institucionalizan.

Pero la duda metódica no se detiene ante la palabra ya institucionalizada; vuelve atrás y busca nuevas asignaciones o conceptos, que vienen a reemplazar a los antiguos. Entonces ninguna palabra se hace inconmovible, como ningún concepto se congela en una estructura.

También se cuenta como intención principal de Descartes el DESTRUIR LA VIEJA ESTRUCTURA.

La autonomía es indiferente, no se sensibiliza ante ningún fundamento externo mal fundado. Busca, más bien, sustraerse, ponerse por encima de cualquiera heteronomía que lo aleje de su rol creativo como sujeto responsable de sus actos y resultados.

El sujeto moderno se hace responsable, como voluntad que se sujeta a sí y su entorno, pero sin quedar cautivo de sus propias ordenaciones. Este “sujeto” moderno, decide sin ley la ley, como un Dios que produce Mundos, sin obligaciones externas y con total indiferencia.

LA DEROGACIÓN DE LA METAFÍSICA: La duda metódica no descansa hasta eliminar toda “metafísica” de las palabras en su significación latina, antigua, pasada. El saber latino y medieval debe ser desmontado en todos los credos y símbolos hasta convertirlos en letra muerta en sus significados.

Entonces, desde esa llanura despejada, de lo latino y medieval, debe irrumpir el decir cartesiano como principio de la nueva vida, orden y medida de la UNIVERSITAS MODERNA.

Se transita, entonces del saber “verosímil” al saber “claro y distinto”; desde lo irracional al Nuevo Orden. Este Nuevo Orden no acepta el “caos” de una racionalidad particular y finita.

Esta racionalidad actúa lo que hay y nunca ser actuado; zafarse de todo automatismo. No se alaba a los autómatas que actúan según mecanismos mandantes.

Una voluntad que va acotando el mundo a la luz de las ideas simples, desde el entendimiento puro, siempre sometido a la duda.

Desprecio al conocimiento absoluto, al deseo de verdad absoluta. Abandono del sueño del saber absoluto.

Se conserva un apetito ilimitado por el conocimiento, pero se alcanzará por la satisfacción paulatina de lo concreto para el dominio total de “lo que hay”.

Pero, eso sí, “lo que hay” (de material experimental) no debe desmontar el orden matemático, perfecto del Rey (orden del poder), puesto que ahí se fundamenta lo racional de la existencia. En este punto, Descartes se queda un paso atrás respecto a la academia idealista de Kant.

Pero, advierte luego, ese saber “claro y distinto” no debe ser tampoco pura alegoría, para “referir lo que hay” (describir neutralmente), sino que debe entenderse que “lo que hay” también debe ir sucumbiendo digerido por una nueva realidad.

CONOCER EL SECRETO ÚLTIMO: Internalizarse en los fenómenos hasta explorar sus misterios últimos , conocer las fuerzas de los elementos hasta convertir al hombre en señor de la naturaleza.

Eso permite dominar la propia vida, buscar mayor calidad, obtener salud, extender su poder sobre la naturaleza y anticipar las tareas del futuro.

Los elementos deben ser divididos hasta hacerles indivisibles: enumerar, revisar, clasificar y conocer todos los detalles sin que nada quede fuera.

Debe instalarse una CONTINUIDAD en la investigación. Debe preverse que esta búsqueda abarcará muchas vidas y variadas experiencias. Debe arreglárselas para establecer protocolos de COMUNICAR a los demás lo que se conoce y dejar constancia pública. Esto para que otros logren éxitos en lo que estos han fracasado, o sigan adelante cuando apenas se ha abierto el camino de una promesa. Así, se debe instalar una verdadera “CADENA DE SABER POSITIVO”, que será la memoria de un trabajo continuo.

LA NUEVA CERTEZA MATERIAL: La certeza nueva se impone como materialidad, no como certeza de palabra o concepto. Certeza anterior y por sobre todo código lingüístico, anterior a letras, moral o religión.

Pero esa certeza de “lo que hay” no debe inhibirse en lo que ya existe. Lo que hay debe sucumbir ante la razón infinita de lo posible. Pero se coagula en realidades efectivas, técnicas y materiales, pero debe fagocitarlas hasta engullirlas y hacerlas desaparecer. Es la victoria de la razón crítica cartesiana.

LA MEDITACIÓN I.-

Busca conseguir un discurso “incondicional” de “lo que hay”, es decir estableciendo un método CONTRA-ARISTOTÉLICO, es decir de la COSA al CONCEPTO.

LA MEDITACIÓN II.-

La posibilidad misma de instalar un discurso “objetivo”, que reproduzca incondicionalmente “lo que hay”, se presenta imposible, pues la “incondicionalidad” con la “objetividad” se anularían.

La “OBJETIVIDAD” no será otra cosa que un recorte incondicionado EXHIBIDO DESDE UN MIRADOR. A ninguna palabra le es posible rendir la incondicionalidad ni la totalidad que de ella se exige.

LA PRIMERA CERTEZA.

La primera certeza es anterior y exterior a todo concepto. Es el “YO SOY”, “YO EXISTO”.

Pero en las “Meditaciones”, el existir y el Ser es siempre bajo ciertas circunstancias, “siempre que”, es decir, bajo ciertas condiciones que se llaman “primeras” y esas condiciones primeras consisten en que :”siempre que mi existir (el soy) se conforme dentro de los parámetros de la “razón cartesiana” (“Meditaciones”).

Y la razón cartesiana sólo se exhibe como “verdad” si es capaz de vencer las resistencias a todo aquello a lo que se aplica la razón. La posible respuesta de la razón debe anular y desplazar a todas las otras respuestas posibles. Primero, respuesta adecuada “DE LO QUE HAY”(descripción de lo que existe) y como segunda opción, respuesta adecuada “A LO QUE HAY”.

1. Esta especie de materialismo tendiente al pragmatismo busca dar cuenta de lo que la realidad muestra, pero no se conforma con conocerla de manera exhaustiva pero pasivamente. Sino que busca transformar, intervenir, cambiar LO QUE HAY, para hacerlo más dócil a los proyectos humanos.
2. Pero es también la respuesta adecuada “A LO QUE HAY”, y esto se plantea sobre la base de una RAZÓN CRÍTICA, que toma distancia de “lo que hay” para hacer la crítica metódica y fundamental (criticar lo que hay).
3. Además se distancia respecto de su propio saber. Rechaza la heteronomía como dependencia, pero también se hace resistente y toma distancia respecto de su autonomía. Entonces da cuenta de su saber, instalando la voluntad de “saber sobre el saber” (AUTOCRÍTICA).

LA UNIVERSIDAD COMO FUNCIONARIA TECNOPROFESIONAL.

En esta visión de universidad cartesiana, la ciencia define la dirección del progreso y la tecnología lleva transportado el progreso.

Las disciplinas existentes en las universidades son las contenedoras del saber demandado y demandante.

El disciplinar se impone desde el Estado, es decir la burocracia impone una normativa a la universidad estableciendo su teleología institucional. De esta manera la universidad se hace “aparato del Estado”.

Para acogerse a ser aparato del Estado, las universidades adoptan la lengua propia (nacional), privilegia las tecnologías necesarias y pertinentes para el Estado y el Estado financia las actividades universitarias en su fase de desarrollo expansiva.

De esta manera la universidad “universaliza” la demanda de conocimiento, pero nacionaliza la oferta, hacia un saber INSTRUMENTALIZABLE.

Se instala, entonces, como UNIVERSIDAD TÉCNICA ESTATAL.

La universidad entrega las herramientas que legitiman al poder político-militar desde el Estado. Será una agencia eficiente y efectiva para el Estado.

Este modelo de universidad “universaliza” el saber, pero “localiza” o nacionaliza su compromiso histórico.

No pretende una deshistorización de la ciencia sino que introduce la historia en la ciencia para dinamizar el “progreso” de la nación hacia el futuro (PROGRESISMO).

Poco a poco la universidad se hace “universidad técnica del Estado”, especializándose y custodiando las disciplinas eficaces que permiten la legitimación del Estado como poder omnímodo. Es la UNIVERSIDAD NAPOLEÓNICA- COMPTEANA.

LA UNIVERSIDAD IDEAL ALEMANA.

Nace como resistencia a la universidad napoleónica francesa y se postula como contraria a:

1. Su utilitarismo práctico.
2. Al concepto de universidad como casa profesional.
3. Al hecho de someter su quehacer especulativo a los intereses políticos del Estado.
4. Par estos teóricos alemanes, el Estado es resultado y efecto de la acción especulativa de la filosofía. Es una verdadera “religión del Estado”.
5. Para los alemanes el “sujeto” del saber será el espíritu especulativo encarnado en un sistema (universitario); así lo plantean Schelling y Fichte. En cambio para los franceses, luego de la revolución, el “sujeto” del saber es el pueblo soberano, encarnado en el Estado.
6. Para Fichte y Humbodt, la plenitud de la verdad, el saber y la universidad es necesariamente espiritual, en cambio para la universidad cartesiana-compteana, la universidad es práctico utilitaria, con una finalidad aliada pero dirigida desde el Estado.
7. Para los alemanes la ciencia no tiene un fin específico, debe afirmar un fin en ella misma, pues la raíz de la vida está en la idea y debe ver la realidad sólo desde la idea y nunca aceptar someter la idea a lo que ofrezca la realidad. (Fichte).

Este principio de la sabiduría, que se atiene sólo a sí misma y se profundiza en sí misma (Humboldt), componía la idea de universidad alemana., como una escuela del arte y del uso científico de la razón (Fichte).

La sabiduría y la ciencia no tolera el verse afectada por la mecanización, la habitualidad y repetición, que son propios del adiestramiento de las profesiones (Fichte).

Fichte, propone la separación tajante de ciencia y profesión, de universidad y escuelas o institutos técnicos.

La universidad demanda el principio activo de “creatividad” (inteligencia creativa). Lo que no es creativo debe separarse de la universidad.

El arte práctico de las profesiones se aprende de mejor manera por la práctica directa, hecha bajo la tutela del ya diestro docente.

El arte científico ha de purificarse hasta la máxima claridad y concentrarse en sí mismo(Fichte).

Pero Fichte pide más. Incluso el espíritu creativo debe también estar presente en el aprendizaje profesional, para evitar que los hombres se transformen en meros repetidores y usuarios del saber y se constituyan en artistas (creadores) del estudio.

“Sólo donde impera el principio de investigar la ciencia es cuanto tal”. “No debe faltar la “unidad” y la “totalidad” . (Humboldt).

En ello reside el secreto del buen método científico.. de lo contrario la formación se perderá en actividades puramente prácticas, desperdigadas y sin unidad superior, , perdiéndose lo mejor del talento de los jóvenes..

La universidad alemana será la universidad de “la ciencia” (filosófica); por el contrario, la universidad francesa será la universidad de “las profesiones”(empírica).

Ser una universidad especulativa y filosófica, como la alemana, implica saber sobre el saber y saber sobre lo que no se sabe. Es decir, hay una totalidad incumplida hacia el saber absoluto (Hegel) a través de una actual “síntesis en proceso”(Kant), equivalente a los “paradigmas científicos” de Thomas Kuhn.

Tanto para Humboldt como Fichte, el saber alcanzado debe empinarse por sobre sí mismo, sobrepasarse pero reteniendo sus logros, como apoyo de nuevas búsquedas. Es también la escuela cartesiana; en cambio su vocación pragmática le llevará a tomar cada logro del saber y exprimirlo en su potencial concreto, práctico, a través de las disciplinas profesionales.

Por tanto, el modelo de universidad alemana separa tajantemente ciencia de profesión, reflexión de determinación.

Como universidad filosófica se guía por los principios aristotélicos interesada en la investigación de la verdad. Se pone por encima del interés estatal que constriñe la investigación a sus propias necesidades utilitarias y prácticas..

Esto hace que la universidad investigue también las categorías de de verdad que encarna el Estado, reclamando autonomía (Fichte-Humboldt).

 Fichte, es más radical y más aristotélico. Plantea no adecuar la universidad a la pragmática, sino a la universal. Búsqueda desinteresada de conocimiento. Subordinar el interés profesional al interés crítico reflexivo. El Estado y la población común están ajeno a la búsqueda libre del conocimiento; con todo el conocimiento tiene y mantiene vínculos estrechos con la vida moral y política. La vida científica debe aspirar adivulgar todo un principio unitario original y debe aspirar a una ética idealista final (aristotélico).

Según Homboldt y Fichte, de no lograrse la completa autonomía respecto del interés estatal, las universidades debían ser abolidas de inmediato. La idea de ciencia , repiten, es contraria a la idea de profesión.

La ciencia, según Humboldt, no debe ser considerada nunca como algo ya descubierto, sino como algo que jamás podrá descubrirse por entero, y que debe ser incesantemente objeto de investigación..

Según Humboldt, sin el Estado las cosas universitarias marcharían mucho mejor.

“El estado tiene el deber de organizar las escuelas en provecho de los centros científicos superiores. Es un deber del Estado mantener en toda su pureza y firmeza la separación entre las universidades y las escuelas profesionales”.

Fichte remata su “Plan universitario” de 1807 señalando:

“El sujeto universitario alemán legítimo sólo se constituye a partir de la síntesis que reúne el principio y el ideal, bajo una única IDEA”. Es decir, en una síntesis que asegure lo verdadero en las causas y lo verdadero en los fines justos de la vida moral y política.

Schleiermacher: sostiene una postura más flexible.. Reconoce que el estado moderno y progresista requiere de la universidad como industria de profesionales., como mediador público de la fuerza de trabajo, para hacer progresar la economía y la historia nacional. Esta inclinación a instrumentalizar la universidad, de parte del Estado, debe ser reconocido como exigencia de una nueva etapa del desarrollo de las sociedades.

Esto lo reconoce la universidad francesa, involucrada en el cartesianismo napoleonizado, con sus tareas urgentes de forjamiento nacionalista de su imperio a través de la expansión belicista.

Pero ese rasgo instrumental también es pecado de la universidad latina-medieval, pues daba prioridad a las facultades de teología, derecho y medicina, como exigencia de los funcionarios requeridos por la sociedad de entonces. Arte y filosofía, serán también actividades de segunda prioridad en la universidad latina, sometidas al peso cultural de la teología.

El nuevo estado alemán unitario, demanda de las universidades, según Schleiermacher, una vocación de acción concreta y que se ocupe de los asuntos civiles. El Estado teme que las universidades queden presa de la pura especulación teórica y exige la actividad pragmática.

Sghleiermacher postula que no se debe hacer esa separación tan tajante entre aquellos que “no son aptos” de los que lo son, es decir, no debe separarse a las disciplinas profesionales y prácticas de las otras actividades de pensamiento. Sostiene que la acogida debe ser simultánea y que, incluso, no debe existir separación, sino una unidad y continuidad para que se dé una separación natural, según los atributos y habilidades de cada estudiante.

La universidad debe educar a todos por igual, sin distinciones, pero bajo predominio del horizonte teleológico espiritual de la ciencia y la filosofía. No se debe constituir una jerarquía inicial de separación. La jerarquía debe decantarse de manera natural. Todo universitario, cualquier sea el camino que tome (facultades pragmáticas o filosóficas), debe quedar orientado bajo la teleología de la facultad reflexiva (saber del saber). La visión de totalidad debe quedar garantizada para todos.

De hecho, la universidad moderna venía inclinando la balanza poco a poco hacia el predominio de las profesiones, debido al interés económico estatal.

Schleiermacher quería asegurar que el interés instrumental quedara circunscrito en un esquema de legitimidad mayor, que sería el especulativo.. es decir, busca subordinar el profesionalismo a la ciencia y a la filosofía., sin desconocer la nueva tendencia en la universidad moderna. No desea el alejamiento de las profesiones pragmáticas del ámbito universitario. Quiere que permanezcan en su interior, pero por razones estratégicas, pues finalmente postula que deben someterse a la jerarquía del pensamiento filosófico..

Privilegia la teleología de la investigación, autónoma espiritual, por sobre la teleologóa heterónoma estatal.

Le horroriza 8al igual que a Fichte y Humboldt) la idea de universidad como industria de profesionales o como mediadora pública que provee la fuerza de trabajo calificada para el desarrollo y progreso de la economía.

KANT: EL CONFLICTO DE LAS FACULTADES.

Para Kant, el concepto de Universidad se da en el contexto de los tiempos modernos de la ciencia. Corresponde entonces al concepto de tratar industrialmente todo el conjunto de la ciencia, como lo exige el proyecto de la modernidad.

Según Derrida, la institución universitaria se inscribe en una política del saber que se ejerce desde el gobierno (poder político).

La universidad, por ser una institución artificial, auxiliar al poder de lo administrativo, se ha puesto a prueba en diversas modalidades: Escolástica, Napoleónica, Humbolteana, Universidad programa, etc.

Se plantea en la Universidad dos momentos, que representan dos cualidades diferentes de las mismas: 1) la universidad “OCURRENTE”, que corresponde a la fase inicial de inocencia creativa, espontánea y desarticulada; el segundo momento se denomina “PRAGMÁTICO” y corresponde al tiempo en que el saber se hace útil al poder, entonces comienza el tiempo de la realización política de la universidad y, al mismo tiempo la universidad llega a representar un momento de la realización de la política.

Este encuentro entre poder y saber viene a condicionar la división del saber y las relevancias del poder en el saber. Las “facultades pragmáticas” se llamarán “Facultades superiores” porque se ponen al servicio del poder efectivo, desde una perspectiva jerárquica de sumisión o aquiescencia. Entonces son llamadas superiores porque son las de mayor interés para la realización del poder político.

En cambio la “facultad Inferior” será esencialmente la “Facultad de filosofía”, puesto que representa una ciencia menor, respecto de las necesidades del poder, además es un lugar crítico y que pretende autonomía y superior estatus dentro de los saberes. En consecuencia, se llamará INFERIOR a esta Facultad de filosofía, desde la perspectiva del gobierno, justamente por su autonomía respecto a las tareas propias de la ciencia, no del poder. Pero las Facultades de Filosofía pueden tener un interés relevante en las relaciones no sólo de la propia ciencia, sino del poder mismo (períodos de cambios en los paradigmas globales).

Así como la sociedad científica, industrial y moderna fue autorizando una “DIVISIÓN DEL TRABAJO”, en el espacio universitario se fue generando una “DIVISIÓN DEL SABER”, entre las Facultades técnicas o prácticas y la facultad de filosofía.

La facultad de filosofía tiene libertad para proponer a su agrado sus posiciones. Solo vela por el interés de la ciencia (por la libertad del conocimiento).

Las facultades técnicas, en cambio, deben adecuar sus enseñanzas al examen del poder (de los gobiernos) el cual exige su revisión pública. Hay una especie de subordinación práctica del saber al Gobierno (subordinación fáctica).

Del origen de la universidad como institución del conflicto entre el SABER y el PODER.

Kant lo titula “CONFLICTO DE LAS FACULTADES”.

El problema que plantea Kant es la relación conflictiva entre lo que llama la “autonomía de la razón” y el “automatismo” de las funciones y estructuras sociopolíticas en la sociedad.

Es decir, en la sociedad se aprecia una “función maquínica” o “automatismos procedimentales”, que también puede denominarse “automatismo irreflexivo”.

Por otro lado debe existir lo que se denomina una “autonomía del saber, que es una figura crítica y que representa el “Thelos racional”, es decir aquel espíritu que anida en el espíritu humano y que permite entender la historia como inacabada y los procesos como flujos históricos.

Esta relación entre “autonomía del saber” y función maquínica del poder se da de manera polémica.

La función autonómica queda a cargo de la “Facultad de filosofía”(Facultad inferior) que representa la “figura crítica” y expresa a la “izquierda” dentro del pensamiento universitario.

EL GOBIERNO.-

Se interesa por aquello que le otorga una mayor influencia sobre las masas (Las Facultades superiores). En consecuencia esta división de las Facultades, obedece a un interés externo (división política) y es lo que va a incidir en el modelo de universidad moderna que desarrolla Kant.

Desde la creación de la universidad de Berlín, Kant pone fundamento a las universidades modernas. Las universidades se reconocen como entes no naturales, es decir como simples creaciones artificiales que los poderes instalan para dar respuesta a diversos problemas.

En la sociedad socrático-platónica, se instala una especie de academia filosófica, que luego será tomada por la sociedad latino cristiana como universidad imperial monoteísta conducida por el universal “teológico-teleológico regresivo”. Corresponden a la concepción metafísica de la universalidad, como visión hacia el origen o anterioridad. El saber y la verdad viene desde atrás y trasciende al sujeto que conoce. La “facultad de filosofía” –propia de los griegos es reemplazada por la facultad de teología y sirve a los imperios hasta la Edad Media. Claro que en tiempos helénicos también se dio la academia física, desde Anaxágoras hasta los pitagóricos y Aristóteles, que serán los inspiradores de las facultades pragmáticas y de las ciencias, que asomarán a partir del siglo XVII.

A partir de ese tiempo viene en surgir el modelo eurocéntrico de la universalidad, como universidad tecno-nacional moderna.

Kant plantea el conflicto de las facultades en las universidades modernas, justamente porque las facultades superiores (técnicas) son “maquínicas”, es decir obedientes y rutinarias en sus oficios de servicios a los requerimientos del poder.

En cambio las facultades de filosofía son necesarias al poder porque representan el elemento de referencia del saber, con su espíritu crítico. Es la facultad de filosofía la que coteja la validez de los paradigmas científicos como globalidad.

En ese sentido, las facultades de filosofía son tan útiles a los gobiernos (al poder) como las facultades técnicas, pues ayudan a enrielar rectificaciones sobre todo en tiempos de cambios acelerados o fundamentales. En este sentido, dice Kant que se autorizaría cambiar la denominación de las facultades, subiendo al grado de superior a las facultades de filosofía, justamente en tiempos de cambios, pues es ésta la que mejor ayuda a conducir los destinos de los gobiernos en la modernidad.

Durante la modernidad, las universidades han tenido ese conflicto esencial, anticipado por Kant. Pues ha sido también el tiempo de la universidad de la universalidad de la libertad (con Hegel) y del progreso (con Comte).

 La crisis de la universidad moderna, a partir de la segunda mitad del siglo XX, corresponde justamente a la crisis de la libertad y del progreso. Ya el saber generado desde las universidades no ha sido capaz de garantizar ni el avance de la libertad en los espacios de la historia contemporánea y el progreso se ha visto opacado por degradaciones , aporías y contradicciones enormes.

Entonces la concepción metafísica de la universalidad como progreso o como utopía instrumental (cartesiana-napoleónica) y la universidad reflexiva (kantiano-humboltiana); y finalmente la concepción metafísica como estructura estatal-ideológica al servicio de una propuesta revolucionaria de clase en medio de un clima de lucha y confrontación interna y luego internacional en busca de una hegemonía de poder, representan sucesivas frustraciones que, finalmente han llevado a mudar definitivamente su eje paradigmático.

Ahora se introduce la metafísica intrascendental de la universidad como proceso universal de valoración del capital. Aparentemente se borra toda utopía y se deja vigente sólo el mercado como impulsor de estímulos, de éxitos y fracasos en la misión de las universidades. La pragmática de flujos, de la telemática y el mercado reemplazan a la misión y la trascendentalidad universalista. No hay más misión.., sólo función.

Cuando se pierde la significación, se pierde la vocación de destinos, y como señala Aristóteles: “No significar una cosa es no significar nada en absoluto. Y si los hombres no significan nada en absoluto, es imposible dialogar unos con otros y, en verdad, tampoco consigo mismo…”

Aristóteles defiende la universalidad del lenguaje y de la verdad. La filosofía va en búsqueda de la reunión de los hombres, de dar con una comunidad y acrecentarla hasta hacerla universal. El “nomadismo” de los lenguajes dispersos y migrantes se opone a la universidad.

Lyotard señala que la filosofía surge como necesidad ante la disensión, la discordia y los desacuerdos, la desunión de los hombres. “La filosofía nace del luto de la unidad.”

El insulismo lingüístico, el aislamiento del pensamiento es la disolución de las ideas que presidieron la modernidad y que intentan desplazarla durante la posmodernidad.

La Universidad medieval.

La universidad medieval es la universidad “misional” por excelencia. La universidad medieval está signada por la intención del imperio de transformar lo heterónomo en homónimo, lo disperso en unidad, lo plural en monolítica centralidad de lo universal.

Será en consecuencia el aparato pedagógico que irá definiendo la legitimación de las leyes (derecho), el paradigma de lo que es saludable y lo que es dañino (medicina) y el sentido valórico y finalista de la sociedad (teología). De esta manera los facultativos formados en las universidades serán los apóstoles que fomentan, difunden, ordenan y reproducen los pilares del imperio.

El “canon” universitario impone también la unicidad del protocolo lingüístico a través de la uniformación del latín como idioma académico y científico, el que se impone por sobre la diversidad de lenguas bárbaras, gentiles o locales. De esta forma la legitimación del discurso se centraliza en el gesto cultural idiomático y funcional. La academia será esa máquina que imprime lo que es legítimo leer, ver, discutir y obrar. El gesto y el signo van de la mano en un proceso de monopolización de la verdad, de lo bueno y de lo justo.

En esta etapa se hace manifiesto un ethos colonialista de la universidad, que busca internarse en todos los vericuetos de las culturas gentiles o aborígenes, hasta doblegarlas y someterlas a la única razón trascendente y definitiva, que proviene desde el origen de la humanidad y se dirige al fin mismo del hombre.

En América, a pesar del reconocimiento de la dignidad humana del aborigen (Bartolomé de Las Casas), la función del hinterland colonial hispanoamericano era al igual que la retrasada España a la que Mariano José de Larra destinaba la frase de conformismo pesimista:“traduzcamos y lloremos”. La dimensión religiosa es traída y donada al aborigen y el “criollo” es simple receptor tardío de la universalidad moderna emanada desde las universidades en lengua española o en latín, pero invariablemente los contenidos son puestos por la monolítica dirección canónica (canon: regla, guía, ordenanza, pauta) del centro del poder imperial y eclesiástico, hermanados en una sola “misión”.

Esta función misionera se reproduce en las enseñanzas de las lenguas aborígenes, desde las orientales hasta las indígenas, todo con la finalidad no de cultivarlas y reproducir al infinito la diversidad, sino para mejor dominar el idioma y luego eliminarlo por sumisión discursiva ante la lengua evangelizadora.

Sólo el Papa como depositario de lo trascendental del saber tenía la autoridad de crear cátedras nuevas y definir lo que era legítimo de enseñar; así Inocencio III en 1215, prohibió enseñar la física y la metafísica aristotélica en la Universidad de Paris y en 1231 el Papa Gregorio IX exhorta a los teólogos a que se enseñe sólo los temas que puedan estar refrendados por las enseñanzas evangélicas y por los escritos de los padres de la Iglesia.

Mayz Vallenillas en “El ocaso de las universidades” plantea: “La Edad Media presenció la omnímoda autoridad del papado, e incluso de obispos y clérigos, respaldados por la supremacía intelectual que les otorgaba el auxilio de las universidades, el carácter dogmático de los enunciados teológicos que prevalecían en las enseñanzas y la obediente subordinación que exhibía la ciencia frente a los dictados de la propia Iglesia.

De esta manera las universidades fueron agentes de legitimación ideológica de la Iglesia y sus dogmas, de su visión del mundo y de sus estrategias expansivas.

Había a mediados del siglo XV más de 100 universidades en Europa; en España había más de 50. Su estructura era de corte transnacional pues los contenidos eran semejantes, sus mallas curriculares eran también convalidables de una universidad a otra, lo que permitía la polivalencia e intercambio de estudiantes y profesores. La unidad teórica estaba asegurada y la misión monolítica de servicio al poder eclesial estaba garantizada.